

JORGE MANRIQUE Y LA GENERACION DEL 98

LEEER a los clásicos es una de las más admirables labores que puede realizarse. En ellos se encuentra, en depósito permanente, el valor genuino de un espíritu, de una época o de una postura siempre actual ante la vida. Leer a Jorge Manrique es admirar y descubrir una gama de cualidades y de motivos siempre diversos. La serenidad que se respira, la frescura de sus versos, ese ritmo entrecortado, origen de una música que va destacando en acordes aislados del resto las palabras que constituyen la clave de cada estrofa, son algunas de las maravillas que advertiríamos en una primera lectura. Releyéndolo, observamos que es inagotable, que en las *Coplas a la muerte de su padre* se encuentran las ideas más admirablemente expresadas de todo su siglo. Y, ante todo, se percibe ese profundo lirismo que las inunda.

El lector de Manrique, al volver a él, vive de nuevo el espíritu del siglo XV y comprende al poeta en su entrañable dolor. El más puro y arraigado sentimiento camina a lo largo de las *Coplas* al lado de las severas reflexiones cuatrocentistas sobre la vida, sobre su carácter transitorio, sobre la fugacidad de lo terreno, en esas estrofas serenamente emocionadas. Dignidad, resignación, imágenes acertadas, símbolos conocidos, pero admirablemente revitalizados, logran que el poema sea una de las más completas y perfectas obras de nuestra Edad Media.

Estas consideraciones se hacen al leer a Jorge Manrique. Han sido muchos los que se han acercado al poeta para admirarlo. Menéndez Pelayo consideraba que las *Coplas* eran unas estrofas "no olvidadas nunca de nues-



tro pueblo y honradas en todos los tiempos con el sufragio de los más claros ingenios españoles" (1), y comentaba cómo éstas habían sido objeto de elogios encendidos como el que les dedicó el gran Lope, que pensaba que debían ser escritas en letras de oro. Cuando Menéndez Pelayo escribía estas palabras, era él prácticamente el primero que estudiaba las *Coplas* con la dedicación y el rigor que le caracterizaban. Luego, aparecieron libros que multiplicaban el interés por Manrique, como el de Salinas, que venía a darnos la más inteligente y sentida revisión de la obra completa del poeta.

Aproximarse a Manrique de la mano de los autores del 98 es otra de las experiencias más gratas que puede realizar el lector. Sabían éstos llegar a nuestros clásicos con mirada agudamente observadora y sentir a través de ellos el alma de España y, lo que es más interesante, descubrían, revelaban, calando en el alma del autor, ese interesante espíritu que siempre dejan sentir en sus obras. Como anhelaba Azorín, admirando, hacen crítica "psicológica, interpretativa, interna" (2). La labor de exposición de los clásicos que hicieron estos hombres no debe ser olvidada, porque siempre que la recordemos o la tengamos presente estaremos experimentando una doble satisfacción: al leerlos a ellos, releemos a los clásicos y los entendemos de un modo siempre nuevo. Los noventayochistas gustaban de nuestros autores más originales, como admiraban otros muchos de nuestros valores más genuinos, porque en ellos veían la auténtica y verdadera transcendencia de nuestro espíritu. Unamuno, Maeztu, Azorín y Machado, cada uno de un peculiar modo, nos hablaron de Manrique. Lo hicieron aisladamente, de pasada, o detenidamente, buscando en él algo que no encontraban en sus propios días, algo que les alejaba de lo cotidiano o que les mostraba alguna cualidad apreciable. Vamos a recoger, a modo de antología, cuatro interpretaciones del poeta, donde estos maestros del ensayo nos muestran aspectos inusitados de Manrique o, al recordar sus versos, nos expresan, llenos de encendido entusiasmo, su impresión ante las *Coplas*.

Recoge Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho* tan sólo seis versos de "las coplas inmortales", pero los aplica con admirable precisión al momento transcendental en que Don Quijote está agonizando para contrastarlo con la frase ingenua de Sancho (3):

(1) MENENDEZ PELAYO: *Antología de poetas líricos castellanos*, C.S.I.C., Madrid-Santander, 1944, vol. II, pág. 410.

(2) AZORÍN: "Los clásicos". *Clásicos y modernos*. 5.^a edic. Bib. Contemporánea. Ed. Losada, Buenos Aires, 1959, pág. 197.

(3) UNAMUNO: *Vida de don Quijote y Sancho*, 13.^a edic., Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1964, pág. 219.



¡Ay, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede un hombre hacer en esta vida es dejarse morir sin más ni más!

Es el Sancho fiel el que habla, el escudero que quiere prolongar la vida de su amo hablándole, tratándolo de convencer. Don Miguel comentará preguntándole :

¿La mayor locura, Sancho?

*Y consiento en mi morir
con voluntad placentera
clara y pura;
que querer hombre vivir,
cuando Dios quiere que muera
es locura,*

pudo contestarte tu amo, con palabras del Maestre don Rodrigo Manrique, tales cuales en su boca pone su hijo don Jorge, el de las coplas inmortales.

Admirable es esta contestación para un loco que muere cuerdo. Admirable también la evocación manriqueña en esta interpretación del *Quijote*. En ella pone Unamuno en relación dos momentos donde la mortalidad y la inmortalidad están en lucha, donde los personajes agonizantes están dispuestos a pasar el umbral de la muerte con cordura. Parece como si Unamuno hubiera conseguido dar una nueva vida al texto de Manrique al hacerle formar parte de la contextura del momento cervantino. La muerte y la locura son dos elementos que entremezcla y asocia Unamuno. Al traer estos versos a su obra, don Miguel no hace sino revitalizar, interpretar desde un nuevo ángulo el texto manriqueño. Esa es la ingente labor que lleva a cabo el singular ensayista a lo largo de toda esta obra con el *Quijote*. Manrique comparte momentáneamente esta nueva interpretación. Están ambos textos unidos en la resignación ante el morir de dos personajes que, arrojándose en los abismos de la sensatez, se apartan de la inmortal locura. Distintos son los textos como distintos son los momentos, pero esa relación conseguida por el contraste los hace íntimos, unidos ante el mismo problema.



También en su *Cancionero* hallamos un recuerdo muy vivo de Jorge Manrique, en el poema titulado "Al pasar por Carrión de los Condes", donde además de un eco, como señaló Mario Pinna, del tema del *Ubi Sunt* en los versos

*¿Carrión de los Condes, sabes
de los Condes de Carrión?*

aparece el nombre mismo de Jorge Manrique, evocado como uno de los creadores del tema y al mismo tiempo como uno de los componentes de ese pasado recordado, como si Jorge Manrique hubiese pasado de simple cita erudita a formar parte de su propio *Ubi sunt*:

*Y al estallar el repique
de tus naves, ¿qué respondes?
¿No oyes a Jorge Manrique,
Carrión, Carrión de los Condes?
(...)
Y los Condes ¿qué se hicieron?
¿Qué del Cid y su romance?
Tus coplas, ¿dónde se fueron?
¿Cuál, Jorge, tu último lance? (4)*

Desde otro punto de vista bien distinto se acercaba Maeztu a los versos manriqueños cuando hablaba ante la Real Academia Española el día de su ingreso (5). Defendía las *Coplas*, destacaba sus valores intrínsecos frente a ciertas críticas superficiales que sólo veían en el poema la repetición de una serie de tópicos anteriores. A lo largo de su discurso, Maeztu habla del tema de la brevedad de la vida y su presencia en nuestra poesía lírica. Veía como este motivo ha inspirado las mejores composiciones de nuestra lírica, fenómeno este que considera único en la literatura universal. Más adelante se refiere a Manrique, como uno de los más claros exponentes de la fugacidad de lo terreno en nuestras letras. Encuadra al poeta en su época y destaca su enorme influencia en este tiempo, "vispera de hacer-

(4) Vid. UNAMUNO: *Cancionero. Diario poético*. Ed. y prólogo de Federico de Onís. Ed. Losada, Buenos Aires, 1953. Y MARIO PINNA: "Echi delle Coplas de Jorge Manrique nella poesia contemporanea", *Filología Moderna*, 7-8, 1962, p. 90.

(5) MAEZTU: *La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica*. Discurso de Ingreso en la Real Academia Española. Gráf. Universal, Madrid, 1935, págs. 12 y sigs.



se nuestra unidad nacional”, “antevíspera de descubrirse el Continente donde había de establecerse nuestro imperio ultramarino”, “momento histórico de transformarse nuestro romance en una de las grandes hablas de la cultura”. Maeztu ve en Manrique el hombre que influye sobre los demás plenamente. Un poeta, nos dice, que se expresa con esa claridad en el momento crítico en que vive

tenía que ejercer influencia imborrable no sólo sobre los poetas, sino sobre todos cuantos hombres habían de dirigir en siglos posteriores nuestros poderes temporales y espirituales.

Y tras este elogio abierto, generoso, empieza el comentario interno, el auténtico y comprensivo acercarse y acercarnos a las *Coplas*. Parte el autor de un problema que se ha suscitado frecuentemente en torno a Manrique, el de la originalidad, que tan bien supo defender y aclarar posteriormente Pedro Salinas. De ahí pasará a la interpretación, menos grandilocuente, pero con miras más reales y objetivas:

De las Coplas de Manrique se ha dicho, no sin cierta disimulada hostilidad, que no se componen sino de un rosario de lugares comunes, y es que el poeta, en efecto, no ha querido decirnos nada que no supiéramos por adelantado. Su pensamiento es sencillo, porque sabe que es común a todo el mundo. Las palabras en que se expresa son tan vulgares y corrientes que parecen surgir espontáneamente de los labios. Ese estilo, en cambio, está muy trabajado, pero no al objeto de elevarlo sobre el ordinario nivel, sino al contrario para producir la ilusión de la facilidad absoluta, como si el poeta no dijera sino lo que ya tienen en la punta de la lengua su lector o su oyente.

Obsérvese que la crítica que aquí hace Maeztu es propiamente defensiva. Trata de poner en claro que Manrique, al escribir sus versos, no pretendía sino decir cosas conocidas por todos. Aprecia, sin embargo, el valor de su estilo, cuidado concienzudamente, que no le aleja de la sencillez de pensamiento, otro de los singulares valores de las *Coplas* para Maeztu. Partiendo de esto, hace el autor una subjetiva interpretación del sentido del poema respecto al dolor que refleja:



No quieren las coplas que pensemos en Jorge Manrique ni en el dolor que lloran, ni siquiera pretenden que evoquemos nuestros propios dolores como no sea para buscar consuelo, al alzarlos al plano del dolor universal que está en la naturaleza de las cosas.

Maeztu sigue en las páginas de su discurso hablándonos de la preocupación por este tema, llegando a la conclusión de que todos los poetas españoles que se cruzan en su camino con los motivos literarios del gran rasero de la muerte, lo sentirán vibrar en su propia vida. La universalidad real del tema requiere que sea expresado con dignidad y sencillez, virtudes que posee plenamente Jorge Manrique. Con estas palabras de Maeztu podemos entender claramente lo que significaba el autor de las *Coplas* para la sensibilidad de los hombres del noventay ocho. Era este hombre de acción como para los otros un ejemplo de sobriedad y sencillez.

Azorín fue un hombre que leyó y releyó, profundizó e interpretó a nuestros autores antiguos con reiterada y magnífica exquisitez y penetración. Para este prosista los clásicos son el oasis de la vida, el remanso espiritual que libra de los apremiantes afanes de cada día. Según nos dice en el prólogo de uno de sus libros dedicados a comentar las impresiones producidas por la lectura, es grato para él acercarse a ellos, lo que demuestra a lo largo de las numerosas páginas de su obra completa, donde se recogen en gran número fugaces y sabrosas consideraciones sobre autores de todos los tiempos. Algunos, los preferidos, detenidamente o en varias ocasiones; otros, en una leve evocación, que es, como él mismo ha señalado, una breve nota marginal que le ha suscitado la lectura de un párrafo, de un verso, de una idea.

Para este singular observador, es Manrique objeto de una nota al margen de sus *Coplas*. Podemos considerarla como el reflejo de una fugaz impresión, plasmada vivamente en el libro. Azorín, al igual que los demás hombres de su generación, nos acerca al poeta, pero también, como ellos, lo hace de forma peculiar, realmente distinta, al expresarnos su idea del poeta en palabras que quieren reflejar una duda. No lo consigue y nos deja un fiel retrato del espíritu de Manrique (6):

(6) AZORIN: "Jorge Manrique". *Al margen de los clásicos*. 3.^a edic., Bib. Contemporánea, Ed. Losada, Buenos Aires, 1958, pág. 18.



Jorge Manrique... ¿Cómo era Jorge Manrique? Jorge Manrique es una cosa etérea, sutil, frágil, quebradiza. Jorge Manrique es un escalofrío ligero que nos sobrecoge un momento y nos hace pensar. Jorge Manrique es una ráfaga que lleva nuestro espíritu allá, hacia una lontananza ideal.

Retrato éste que en principio parece vago, impreciso, vacilante; pero comparado con la realidad de la obra manriqueña, lo vemos convertido en un exacto esbozo impresionista de la figura literaria del poeta. *Cosa etérea, escalofrío, ráfaga*: Azorín escoge, busca, duda entre los sustantivos que debe utilizar para fijar su impresión. Azorín evoca, encauza la mente del lector, que queda en libertad de vivir al clásico a su modo. Porque —según Azorín— el poeta y su poesía deberán permanecer ahí sin una crítica que al examinarlo, lo descomponga. Podremos o no estar de acuerdo con el autor en este punto, pero lo que sí es cierto es que Azorín, tal como lo hace, comprende plenamente al clásico.

Después de estas impresiones iniciales, hace el autor el comentario que le suscita esa nota marginal. Sólo se refiere a media docena de palabras tomadas de las *Coplas*. Un solo verso, *¿qué fueron sino rocíos de los prados?*, puede suscitar una emoción, al recordar que todo es tan fugaz como este fenómeno de la naturaleza. Asocia y relaciona Azorín este verso con los de otros dos poetas de distinto signo, Villon y Verdaguer, pero coincidentes en ese preguntar llenos de abrumadora tristeza por las cosas pasadas, por lo que desapareció y no volverá. Revela el poeta de nuevo su característica preocupación por el tiempo y su admiración a tres notables poetas que han sabido con nostalgia y dignidad contemplar su paso.

Azorín es el maestro de la evocación. En otro libro, de muy distinto tono, nos presenta a Manrique "redivivo". Para él, los clásicos permanecen aun hoy a nuestro lado. Vivieron ayer y viven en nuestros días como entonces. La evocación dedicada al autor de las *Coplas* es singular. Entre momentos de oscuridad, resplandece la luz del poeta que es como una estrella en el cielo vastísimo y negro. Bondad, dulzura, juventud, son las características del poeta recordado en estas páginas (7):

Los ojos de esta figura central son claros y profundos. La sonrisa siempre es bondadosa en los labios de este hombre. Un

(7) AZORÍN: "Jorge Manrique". *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros*, 3.^a edic., Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1958, pág. 25.



libro en la mano; un momento de éxtasis; parece que este personaje se halla sumido en una profunda meditación. Luego, cuartillas blancas sobre la mesa; la mano fina, lenta, que escribe sobre el blanco papel; que escribe un renglón corto; después otro renglón corto debajo; a seguida, un tercer rengloncito...

Son éstas las dos formas que Azorín utiliza para situarnos cerca de Manrique. En un libro, impresión; en otro, evocación original, maestra, simple; es como resucitar al clásico y hacerle tomar parte en la vida diaria, recordándolo y actualizándolo, y viendo sus conocidas cualidades. El prosista nos presenta a Manrique como un ser dulce, triste a veces, pero bondadoso. No se trata de una simple comprensión de las *Coplas*, sino también de acercarse a la propia persona del poeta que podemos deducir a través de sus palabras, de su poesía. Ese es el recuerdo de la figura del poeta que Azorín nos lega plasmado en su original prosa. Acercarse a Manrique leyendo al maestro de Monóvar es captar aspectos múltiples que sólo su sensibilidad sabe recoger y expresar en páginas inolvidables.

Como hemos visto, el tiempo es una de las preocupaciones de Azorín en sus impresiones sobre Manrique, al igual que en casi toda su obra. Para Machado en su *Cancionero apócrifo* lo es también. Contrasta en páginas sugeridas por comprensiva lectura a dos poetas españoles que se enfrentan al paso del tiempo: Calderón, con su soneto *A las flores*; Manrique, en aquellos versos llenos de sabor:

*¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?*

*¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?*

*¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?*

*¿Qué se hizo de aquél danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?*



Prefiere el poeta en voz de Juan de Mairena los versos de Manrique, porque Calderón no hace en su soneto sino emplear, para expresar el paso del tiempo, elementos de suyo intemporales, como son *el albor de la mañana* o *la noche fría* que, aunque tienen en sí el fenómeno de pasar, pueden repetirse al día siguiente. En Manrique, por el contrario, el clima es distinto, ya que (8)

El poeta no pretende saber nada; pregunta por damas, tocados, vestidos, olores, llamas, amantes... El ¿qué se hicieron?, el devenir en interrogante, individualiza ya estas nociones genéricas, las coloca en el tiempo, en un pasado vivo, donde el poeta pretende intuir las, como objetos únicos, las rememora o evoca. No pueden ser ya cualesquiera damas, tocados, fragancias y vestidos, sino aquellos que, estampados en la placa del tiempo, conmueven —¡todavía!— el corazón del poeta. Y aquel trovar, y el danzar aquel —aquellos y no otros— ¿qué se hicieron?, insiste en preguntar el poeta hasta llegar a la maravilla de la estrofa: aquellas ropas chapadas, vistas en los giros de una danza, las que tratan los caballeros de Aragón —o quienes fueren—, y que surgen ahora en el recuerdo, como escapadas de un sueño, actualizando, materializando casi el pasado, en una trivial anécdota indumentaria.

Como se puede apreciar, lo que Machado más admira son los elementos estrictamente temporales que Manrique recuerda en sus versos. Destaca sobre todo su admiración por lo cotidiano, por lo trivial, por lo sencillo, que, una vez pasado, ya no vuelve. Esas damas, esas músicas, esos vestidos son cosas que Manrique recuerda de un momento preciso de su existencia y que no se volverán a repetir, pero que el poeta mantiene en su pensamiento, preguntándose nostálgicamente a dónde han ido a parar. Otro de los valores de estos versos manriqueños es que, al hablar de lo pasado, lo que recuerda ahora son cosas y no nombres. Son recuerdos subjetivos, llenos de personal valor para el poeta, pero son recuerdos pasados.

Acaba Machado expresando su sentir y su impresión ante estos versos:

Terminada la estrofa, queda toda ella vibrando en nuestra memoria como una melodía única, que no podría repetirse ni imi-

(8) ANTONIO MACHADO: "Cancionero apócrifo", *Poesías completas*, 10.^a edic. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1963, CLXVIII, pág. 253.



tarse, porque para ello sería preciso haberla vivido. La emoción del tiempo lo es todo en la estrofa de don Jorge...

En esas líneas de Antonio Machado podemos otra vez apreciar la especial sensibilidad con que el hombre del 98 sabe captar el sentido de unos versos, su contenido poético, su auténtico fondo. Sobre todo, lo sabe hacer Machado porque admira a Manrique como ningún otro. Son buena prueba de esta afirmación las constantes resonancias manriqueñas que a lo largo de su poesía podemos encontrar. Así, el mismo nombre de su último y misterioso amor, Guiomar, tiene un claro eco manriqueño. Y son varios los poemas en que podemos advertir claramente la presencia de Manrique en Antonio Machado. Una canción de *Campos de Castilla* nos vuelve a llenar de vida la imagen del mar como lugar a donde van a parar todos los caudales, todas las vidas (9):

*Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...*

O la famosa y breve glosa (10):

Nuestras vidas son los ríos,
que van a dar a la mar,
que es el morir. ¡Gran cantar!

*Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.*

*Dulce goce de vivir,
mala ciencia del pasar,
ciego huir a la mar.*

*Tras el pavor del morir
está el placer de llegar.*

*Gran placer.
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!*

Vemos reflejada otra vez la obsesiva presión de la idea del tiempo, que pasa, en estos versos llenos de sabor manriqueño. El poeta es para Macha-

(9) ANTONIO MACHADO: *Op. cit.*, CXXVI, pág. 155.

(10) ANTONIO MACHADO: *Op. cit.*, LVIII, pág. 59.



do uno de los más caros, porque lo admira, lo comprende y, sobre todo, lo siente entrañablemente. El sereno dolor y la digna reflexión ante temas transcendentales como el morir o el más allá, la honda emoción y el sobrio lirismo son cualidades o comportamientos comunes a los dos poetas. Por eso siempre tendrán una relación íntima y profunda (11).

Han sido estas cuatro formas bien distintas de leer y comentar a un clásico. Es destacable en primer lugar el peculiar modo que cada uno de estos escritores tiene de aproximarse a Manrique y la especial predilección que sienten por determinada y distinta cualidad del poeta. Pero las cuatro formas de leer al autor de las *Coplas* tienen un punto en común, una unidad en lo esencial: el afecto hacia el poeta castellano como símbolo y claro exponente de la severidad, la reflexión, la dignidad y el lirismo propios de Castilla. Los autores de la generación del 98 buscaron cualidades como éstas en todos los aspectos de la vida nacional, en el paisaje, en los hombres, pero, sobre todo, en los primitivos autores de nuestra literatura.

La aproximación del lector a estos textos del 98 es aproximación al propio Manrique. Con estos comentarios y evocaciones en torno al poeta del siglo XV, apreciamos aún más su valor indiscutible. El clásico ha sido otra vez vuelto a la vida, porque él, siempre que lo queramos, puede estar con nosotros, en nuestro mundo. Leyendo a Manrique, lo conocemos; leyendo a estos extraordinarios revalorizadores de los clásicos, nos aproximamos más a él, lo descubrimos e interpretamos desde una perspectiva nueva: la de la mirada sincera, acertada y noble de los escritores de la generación del 98.

(11) El tema del tiempo también ha sido estudiado en Machado y Manrique relacionándolo con Bergson por ROBERT S. PICCIOTO en "Meditaciones rurales de una mentalidad urbana: el tiempo, Bergson y Manrique en un poema de Antonio Machado" *La Torre*, XII, 1964, pp. 141-150. También es interesante aunque solo se refiere especialmente a Lorca y Guillén el trabajo de MARIO PINNA: *Op. cit.*, pp. 89-99. Y en general NELLIE E. SANCHEZ ARCE: *Las glosas a las "Coplas" de Jorge Manrique*, Madrid, 1956, y *Glosas a las Coplas de Jorge Manrique*, "...la fonte que mana y corre...", Cieza, 1961-63, 6 vols. Ediciones de Antonio Pérez Gómez.

